

Cada una de las personas de este medallón, figuras simbólicas de Alcázar en aquel tiempo, se acercan al ara de la Virgen con la carga que el destino ha puesto sobre sus hombros. D. Aurelio, escéptico y diplomático, incapaz de una alteración protocolaria. Doña Enriqueta poseída de un entusiasmo infantil por su Santa Patrona y mirando de reojo debajo de las andas, recelosa, desconfiando del mundo. D. Ramón, férvido y fogoso, entregado a la adoración sin condiciones y sin creer que hubiera falta en sacar a bailar a la novia, cuyo enlace se había bendecido un rato antes.

La Virgen, esta Virgen indulgente y magnánima, Máter Augusta, parecía acogerlos por igual, amorosa y satisfecha de sus hijos que en el fondo eran uno y lo mismo, pedazos de su alma que no podía desatender ni dejar de amar y a la postre todos quedaban contentos del buen corazón materno, a prueba de travesuras y desahogos propios de una época superficial y contradictoria, enemiga de preocupaciones y de empeños que roben la calma.

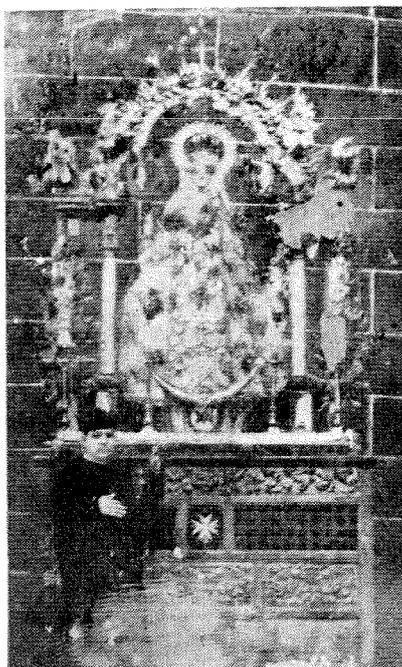
La Virgen del Rosario todo lo perdona y cuando, también opulenta, hace posete en la puerta de Doña Enriqueta, al ver que se le saltan las lágrimas y hace pucheros parece decirle: «¡No te apures hija, que todo se arreglará. Dios es misericordioso!».

*D. Aurelio Serrano Villarejo*

POCOS pueblos habrán visto su vida tan influida por la de Madrid como Alcázar. Aparte de Aranjuez, El Escorial y La Granja, seguramente ninguno. Con más o menos extensión todos los matices de la vida de la Corte han encontrado en Alcázar cierto eco y a veces representaciones personales sumamente características: una de ellas fué D. Aurelio Serrano Villarejo.



D. AURELIO



Todo en estos trabajos es pesado, costoso y sin brillo; falto de lucimiento como la fotografía.

Solo moralmente cabe valorar el esfuerzo y en tal sentido esta fotografía borrosa, apollada y vulgar, tiene el mérito de probar el amor de Pareja a la Virgen del Rosario, puesto que se hizo retratar con ella, como supremo galardón, en una época en que casi nadie se retrataba y los que lo hacían era con algún motivo excepcional, como lo fué este, sin duda alguna, para el querido y popular presbítero, que aparece aquí, joven, orondo y con el bonete de medio lado que dice muy bien a su cara y a la jovialidad de su alma alcazareña.

El espíritu señorial encontró su personificación local en este hombre elegante, fino, correcto y delicado, irónico y trasnochador, merecedor de una gran fortuna por saberla gastar como nadie de bien y con el beneplácito de todos. Despejado por naturaleza. Buen conversador, a ratos elocuente, esgrimiendo el fino florete de sus agudezas como era corriente en la alta sociedad, sin que le faltara el detalle ornamental de la calaverada tan de rigor en la época para acrecentar la simpatía.

Ejerció la abogacía bastantes años y fué Secretario del Ayuntamiento, completamente en serio, aunque él decía en broma: «Lo que ha ido a pasar en Alcázar; nos hemos juntado Pablete de Alcalde, Aureliete de Secretario y Emiliete de Oficial. ¡Quién lo había de pensar!».

Nació el 7 de Enero de 1874 y murió el 5 de Marzo de 1927.

En diferentes ocasiones quiso ser diputado a Cortes por Alcázar. La fotografía que reproducimos corresponde a la época en que lo intentó por primera vez hacia el año 1911, con carácter independiente, muy animado seguramente por la fogosidad de D. Oliverio.